

NAAMÁN EL SIRIO (2R 5, 1-15A)

“Este hombre era poderoso pero estaba leproso”



Estimados lectores y amigos de la Biblia.

Os presento el comentario en clave existencial de un nuevo texto bíblico: el que cuenta la historia de Naamán el sirio.

UN HOMBRE “CASI” PERFECTO. EL DRAMA

Naamán es un hombre al que la vida le ha ido genial: es general del ejército de la mayor potencia militar de la época y “tenido en mucho y apreciado por su rey” por sus victorias.

Todo perfecto, a no ser por un pequeño detalle: “era leproso”. ¿Pequeño detalle? Nada de eso, sobre todo en aquellos tiempos en los que la lepra no tenía cura y conforme se iba extendiendo, los dedos de las manos y los pies, la nariz o las orejas se iban desprendiendo a pedazos, deformando más y más la apariencia de la persona. Y no era solo eso sino que, por ser muy contagiosa, no podía acercarse

a nadie ni nadie podía acercarse a él, algo incompatible con la vida de un “general de ejército” tiene que estar siempre entre sus oficiales y soldados. ¡Imposible compaginar su condición de general con la de leproso! Un hombre de mando tiene que estar sano, de otro modo, antes o después, se verá limitado y será substituído.

Naamán se encontraba inmerso en un denso drama (dramón) existencial que amenazaba con fulminar su brillante carrera militar y hacer de él un “don nadie” condenado a verse devorado por la lepra hasta su muerte. Y contra este enemigo nada podían hacer sus capitanes, sus batallones o las más avanzadas y modernas armas de sus soldados.

Puede que hayas sentido alguna vez envidia de personas que aparentan ser muy felices y a las que parece que todo les va bien hasta que, por el motivo que sea, descubres que no es así. Recuerdo el testimonio de una periodista que entrevistaba a grandes artistas y figuras de la música, el espectáculo y el deporte. Decía que fuera de los plató y lejos de las cámaras, sin su maquillaje y en la intimidad y soledad de sus casas, aquellas sonrisas y posturo, tan propios de los medios de comunicación, se transformaban en rostros entristecidos y amargados, lamentaciones e incluso llanto. No les pasa sólo a ellos: también nosotros, gente sencilla, buscamos proyectar al exterior una imagen feliz y agradable que no siempre corresponde con lo que somos y que nadie, o sólo los más cercanos, conocen.

Nadie tiene una vida perfecta, aunque lo pueda parecer.

POR PURA CASUALIDAD

Pues bien, sin que Naamán hiciera nada, ¿qué podía hacer si de nada le servían en este tema sus ejércitos, cargos o prestigio?, su historia comenzó a moverse a partir de un hecho inesperado e insignificante: algunos de sus soldados capturaron en una de sus incursiones a una muchacha que, ¡oh casualidad! “fue a parar al servicio de su mujer”. Esta, al ver la situación del marido de su señora, le dijo:

*¡Si mi señor se presentase al profeta que hay en Samaría
él le libraría de su lepra!*

Naamán, interesado en resolver su problema, resolvió seguir el consejo de la muchacha. Esta había hablado de “presentarse al profeta”, pero por el motivo que fuera él su rey, a quien cuenta lo sucedido o ambos, interpretaron sus palabras de otro modo y decidieron que se presentara al rey de Israel con una carta real y un montón de regalos pidiéndole que le curara de la lepra.

¿Conocéis el juego en el que alguien dice una frase al primero de una fila y este tiene que transmitírsela al segundo y este al siguiente, hasta completar la fila? Al final el último dice en voz alta el mensaje que ha recibido, lo que provoca las carcajadas de todos, porque poco o nada se parece al inicial. Algo parecido sucedió aquí.

Naamán se presenta ante el rey de Israel esperando conseguir de él su curación. En verdad, lo que busca con sus regalos es COMPRARLA, sin importar el precio. Este, sin embargo, ve el hecho de pedirle algo imposible como una maniobra política del rey de Siria para provocar un incidente diplomático que le proporcione la excusa perfecta para atacarle.

Tanto Naamán como su rey pensaban que las cuestiones importantes se resuelven al más alto nivel diplomático, entre quienes tienen el poder de determinar el futuro de los pueblos, como ha hecho él con los pueblos vencidos, pero en este caso se han equivocado... Y NAAMÁN SE QUEDA CON SU LEPRA.

La lógica de los poderosos ha fracasado ante una realidad, la lepra, que escapa al poder, a las tácticas militares y a los proyectos de los poderosos.

*...porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos
ni vuestros caminos mis caminos, dice el Señor. Porque
como se alza el cielo por encima de la tierra, así se elevan
mis caminos sobre vuestros caminos y mis pensamientos
sobre vuestros pensamientos (Is 55,8-9).*

En un hombre acostumbrado a mandar, ser obedecido y conseguir todo lo que se propone, el fracaso es un torpedo en la línea de flotación de su orgullo que, aunque no lo hunde, lo deja tocado.

UNA INVITACIÓN INESPERADA

La historia continúa y, sin que sepamos cómo, el profeta Eliseo se entera de lo que pasa y manda decir al rey de Israel: “Que venga

a mí y sabrá que en Israel hay un profeta”. Y así lo hace el rey, aliviado de verse libre de tan incómodo visitante.

Naamán fue con sus caballos y su carro y se detuvo ante la puerta de la casa de Eliseo.

El rey de Israel no me ha curado de mi lepra, pudo pensar el general, pero por lo menos me ha derivado a quien sí puede hacerlo. La inversión hecha dará, por fin, resultado.

Pero en ir a ver al profeta, como en seguir el consejo de la muchacha capturada, algo a lo que no estaba acostumbrado se cuele en la vida de Naamán: tiene que obedecer en vez de mandar, hacer lo que le dicen en lugar de decir él lo que hay que hacer... Algo nuevo está brotando en la vida de este rudo militarote, obligado a ir a donde le indica una esclava, primero, y un reyezuelo después, que no es el suyo y al que podría vencer fácilmente con su gran ejército.

Sin embargo, cuando todo parece recomponerse después del primer contratiempo, un nuevo torpedo impacta en la línea de flotación de su orgullo: el profeta ni siquiera se digna salir de su casa para saludarle y prestarle honores, sino que se limita a indicarle, por otra persona, lo que tiene que hacer. Acostumbrado a las entradas triunfales en la ciudad al mando de su ejército, a ser homenajeadó por el rey con toda su corte y enaltecido por todos, Naamán se encuentra de repente con alguien, un hombrecillo insignificante, que no sale a recibirle, a él, un personaje tan ilustre. ¿Cómo puede ser? ¡Qué desprecio! ¡Qué desconsideración! ¡Qué atrevimiento! Y además, el mensaje de Eliseo es ridículo:

Anda, báñate siete veces en el Jordán y tu cuerpo quedará limpio.

Si la actitud de Eliseo en un segundo torpedo en la línea de flotación de su orgullo herido, su mensaje es el tercero, y este penetra más hondo en su ya debilitada fortaleza, dejándola tambaleante. Bañarse siete veces en el río Jordán. ¡Qué ridículo! Sí, pero mientras tanto SIGUE CON SU LEPROA y, si no lo hace, nunca sabrá si se habría curado o no.

Naamán tenía las ideas claras sobre cómo deberían ser las cosas -¡nos pasa tantas veces!-, pero todo lo que está sucediendo: la

esclava, la reacción del rey de Israel, la actitud del profeta y su ridículo mensaje están rompiendo los esquemas que le daban seguridad. Un general con tanta experiencia como él sabe bien lo que tiene que hacer y no puede dudar en medio de la batalla, pero ahora algo le está venciendo por dentro, en un terreno que él no domina ni controla: el de su propia enfermedad con las consecuencias, terribles, que le traerá antes o después.

Inseguro pero orgulloso, se reafirma en su postura para no dejarse vencer. ¿Qué otra cosa podría hacer? ¿Humillarse?, ¿obedecer al profeta?, ¿bañarse siete veces en un río miserable? Si lo hiciera, todos, hasta sus sirvientes (¿esclavos?) que portaban su litera y cuidaban de sus caballos se reírían de él. ¡No, de ninguna manera!

Yo pensaba que saldría a recibirme, que invocaría el nombre del Señor, su Dios, que me tocaría con su mano y que así sanaría de mi lepra.

El “yo pensaba”. Todos pensamos cómo deberían ser las cosas y exigimos que sean como tendrían que ser, pero la mayoría de las veces no lo son. Esto rompe nuestros esquemas, debilita nuestras certezas, agrieta nuestras seguridades y nos deja en el aire, desconcertados e inseguros. ¿Y ahora qué?

Naamán “se enfadó mucho y se fue”. Y para justificarse razona, y razona mal:

¿No son acaso... los ríos de Damasco mejores que todas las aguas de Israel? ¿No me podría bañar en ellos y quedar limpio?

En teoría sí, pero en la realidad no. Y la realidad es tozuda porque la lepra persiste y va socavando, sin prisa pero sin pausa, las falsas certezas de este hombre que ha determinado la vida de miles de soldados y prisioneros. A pesar de todo, su orgullo, como si de una batalla se tratara, todavía predomina: “Dio media vuelta y se fue muy indignado”... Sí, pero SE LLEVA CONSIGO SU LEPROA.

Se niega a obedecer, a hacer lo que otros le dicen, a humillarse. Su decisión parece firme e inamovible, pero no lo es tanto. El tiempo vivido con la lepra, su avance y sus posibles consecuencias, la actitud de los demás, tan diversa al “yo pensaba”, la frustración por no poder alcanzar su cura, han debilitado la roca dura de su

seguridad y resquebrajado los cimientos de su personalidad. Su orgullo está profundamente herido y, aunque da media vuelta, ya no es el mismo. Por fuera nada ha cambiado, pero ¡qué transformación está sufriendo su interior! Solo le hace falta un empujoncillo más.

UNA PALABRA DÉBIL PERO DEFINITIVA

Este empujoncillo se lo dan los que menos cuentan en su vida: sus servidores (posiblemente esclavos), que le dicen algo evidente pero que su orgullo le impide ver:

...sí el profeta te hubiera mandado una cosa difícil, ¿no la habrías hecho? ¡Cuánto más habiéndote dicho: Lávate y quedarás limpio!”

Así es. ¡Es algo tan lógico, evidente y sencillo!, pero que permanece oculto a los ojos de quien piensa saberlo y poderlo todo. Y una vez más, la tercera, Naamán se humilla y obedece:

Entonces bajó, se bañó siete veces en el Jordán... y SU CUERPO QUEDÓ LIMPIO COMO EL DE UN NIÑO.

¿Cuándo quedó curado Naamán? Cuando, después de un largo y accidentado proceso, aprendió a dejar de lado su orgullo y prepotencia para SER HUMILDE Y OBEDECER. Quien solo sabía mandar y hacer que todo fuera según su voluntad, ha tenido que abandonar sus esquemas, ver cómo se diluían sus planes y dejarse llevar por otros. Proceso duro y doloroso, pero fructífero.

DE PEQUEÑOS VA LA COSA

Hay un detalle -detallazo más bien- que atraviesa todo el relato y que conviene observar: ¿quiénes son los que van guiando a Naamán a lo largo de todo su proceso? ¿De quién aprende a dejarse llevar? ¿Por quién ha sido conducido? POR LOS MÁS PEQUEÑOS E INSIGNIFICANTES. Él, general del ejército sirio, “tenido en mucho y apreciado por su rey”, ha sido orientado y ha tenido que obedecer a quienes eran muy inferiores a él: una muchacha capturada, el rey de un pequeño país, un profeta insignificante y sus propios servidores.

Este hecho, que puede parecernos curioso y hasta interesante, es mucho más a la luz de una mirada creyente: es reflejo de la presencia de Dios a lo largo de todo el proceso transformando el

corazón de este hombre y haciendo del poderoso general un humilde testigo del Dios vivo. Es lo que expresa su última frase:

Reconozco que no hay otro dios (minúscula) en toda la tierra fuera del Dios (mayúscula) de Israel.

Sus palabras son todo un acto de fe en la boca de un hombre casi omnipotente en todo lo que se ha propuesto, menos en una cosa, su lepra. La lepra le ha vencido, y junto a diversos personajes, todos muy humildes, ha sido mediación de Dios que le ha transformado y le ha llevado a reconocer al único Dios verdadero. Lo sucedido con Naamán refleja lo que, siglos después, diría María:

El Señor derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes (Lc 1,52).

CONCLUSION

¿Qué os ha parecido? La historia de Naamán es un ejemplo de cómo actúa Dios en la historia: desde dentro de la persona y prefiriendo a los pequeños para vencer a los orgullosos y enseñarles humildad y confianza. Solo así, desde la pequeñez que les hace humildes, pueden reconocer la grandeza y omnipotencia de Dios.

Concluimos como siempre: sorprendidos por la hondura y riqueza de la Palabra de Dios. A él agradecemos y alabamos por hacernos partícipes de su propia vida, revelada en la Biblia.

Y no lo olvidéis: hay más, mucho más. La Biblia es un pozo sin fondo para quien busca a Dios.

Un gran abrazo a todos y hasta nuestro próximo comentario.

Carlos Rey - SDB